

El debate político vía redes sociales: el lugar de la afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido.

Franco Frenquelli.

Cita:

Franco Frenquelli (2019). *El debate político vía redes sociales: el lugar de la afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/580>

PONENCIA 247 | El debate político vía redes sociales: el lugar de la afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido

Autor: Franco Frenquelli

EJE: Cultura, Significaciones, Comunicación, Identidades

MESA 98 | Intercambios simbólicos y luchas políticas. Tensiones entre la dominación y la transformación en las subjetividades contemporáneas.

UBA – Facultad de Ciencias Sociales FSOC

Email: frenque29@hotmail.com

Resumen de la Ponencia

A partir de la observación de la problemática de intercambio de opiniones vía redes sociales en términos agresivos, que buscan la mera descalificación del otro, nos proponemos comprender el lugar de la afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido, especialmente en lo que a la política respecta para la ciudadanía argentina en la última década, a partir de la masificación del uso de dichas herramientas digitales, que han permitido a millones de sujetos el ingreso al debate público. Desde la distinción de múltiples significaciones, en términos de Castoriadis, presentes en los reclamos masivos de los últimos 15 años, analizamos reminiscencias para hallar posibles representaciones operantes en imaginarios (Castoriadis) colectivos. Es en este marco que las redes surgen como nuevas formas de interacción, reconocimiento y circulación de significaciones. Poner de relieve el sentido afectivo de los reclamos posibilita el abordaje desde conceptos teóricos del psicoanálisis y la teoría social, para llegar a una comprensión del rol que tienen dichas representaciones en la construcción de la propia subjetividad, y cómo los sujetos defienden su existencia en el plano del sentido. Así, resulta clave el concepto de abreacción de Freud para entender cómo expresiones de displacer pueden tener que ver más con el orden de la subjetividad que con los argumentos lógicos político-coyunturales expresados.

Palabras clave: Política - Subjetividad - Afectividad - Redes Sociales - Reconocimiento

Introducción: El debate por el sentido de la política

Existe en la sociedad actual un debate acerca del sentido de la política, planteado a partir de la crisis del 2001 con coletazos recurrentes desde 2008 en adelante, mostrando particularmente un primer momento de pérdida de la identificación existente entre los ciudadanos y las alternativas políticas que participan de las elecciones, y una posterior transformación. Podemos distinguir en este sentido un tipo de subjetividad, enmarcable dentro de lo que suele denominarse “clase media”, que participa esporádicamente del debate público de una manera repentina y masiva, en momentos que

juzga urgentes. Esta forma de analizar la disputa por el poder es visible en los sectores que han salido a manifestarse en circunstancias específicas en gran masa, como sucedió en el 2001 o, en un contexto muy distinto, en 2008, retomando antiguos símbolos como las cacerolas. Estas recurrencias exponen la presencia de imaginarios de carácter latente, que surgen repentinamente, con el apoyo de gran cantidad de ciudadanos, y en el corto plazo vuelven a un segundo plano.

Es en este modo de participación que se vislumbra un sentido de la política que entra en debate con otro, más clásico, vinculado a la organización tradicional de los partidos en el país y al concepto de militancia, prácticamente negado desde la posición que describimos, privilegiando en contraposición la supuesta independencia del pensamiento.

Claro que la última década ha contado con un factor que en cierto punto modificó el vínculo de los ciudadanos entre sí, como también el que mantienen cotidianamente con instituciones de la sociedad. Fue la penetración de Internet y el uso de redes sociales lo que posibilitó a amplios sectores de la población el acceso a nuevos canales de expresión, donde también se desenvuelve la lucha por el sentido. Facebook y Twitter se transformaron en vidriera de las opiniones políticas de millones de argentinos que salieron a manifestarse ante sucesos de relevancia pública, así como también se consolidaron en tanto vías para convocar a marchas o simplemente difundir ideas.

Este hecho social es verdaderamente significativo en la historia del debate político en nuestro país. Hasta hace poco tiempo, para participar en una discusión política que excediera el cara a cara, el ciudadano debía recurrir a cartas de lectores, carteles o pintadas en la vía pública, contacto con periodistas u otras vías menos usuales, realidad que contrasta con la actual, en la que cualquiera puede sin costo monetario alguno formular sus opiniones y publicarlas, participando de lo que comúnmente se llama “la conversación global”. Por medio de un hashtag, o mencionando una palabra clave, ya se puede participar de la discusión, lo que potencia todavía más la masividad del hecho.

Así enunciado puede pensarse que se trata de espacios democráticos que contribuyen a la formación política de los ciudadanos, con mensajes enriquecedores en el marco del diálogo: los millones de ciudadanos que no participaban ni de partidos ni de agrupaciones políticas, es decir, que no contaban con experiencia en política, ahora pueden discutir, reafirmar o repensar sus opiniones en un marco de discusión libre y accesible; pero la realidad dista bastante de este ideal.

En este sentido, existe una característica muy llamativa que se da en el comentario político vía redes sociales, especialmente en Twitter, y resulta distintiva del fenómeno: es la violencia con la que se opina respecto de otro un rasgo ineludible a la hora de observar la actividad. Fácilmente pueden encontrarse mensajes con insultos, agravios o descalificaciones al rival político, lo que expone a las

claras no sólo la pobreza del debate, sino también cómo se ha formado una posición irreconciliable con el kirchnerismo.

“No me interesa la política”

El desprecio por la política partidaria que pudimos observar en las expresiones previas a la asunción de Mauricio Macri como presidente en 2015 es rastreable desde la ruptura de las clases medias con los partidos post 2001, y asimismo es coherente con los latiguillos comunes en los que se pueden identificar creencias exhibitorias no solo de una lógica contraria a la del ejercicio institucional u organizacional de la política, sino también de una forma de expresarse particularmente cargada de emociones y sentimientos, siempre subjetivos. “No me interesa la política, pero...”, críticas a la “diktadura”, omnipresencia del clientelismo en la militancia o directamente expresiones como “negros de mierda”, se reproducen a diario en las redes como argumentos corrientes de cualquier debate.

Tales fórmulas, en mayor o menor medida, expresan un rechazo a la participación política en sentido más directo, llámese movilizaciones, militancia u organización partidaria, a lo que se le suma un consiguiente, y no por eso menos llamativo, desprecio hacia el que experimenta, como sujeto político, de otra manera. En lugar de un mínimo respeto por otras formas de vivir los derechos ciudadanos, se descrea y hasta se agrede a quienes se identifican con algún signo político concreto. Está presente, de este modo, en la oposición a la figura del militante, un rechazo a la política como esfera social, vinculada a la corrupción, al clientelismo, a la búsqueda del beneficio personal, ya sea ejerciendo la función pública o apoyando un movimiento, entre otras críticas que se formulan y que abarcan un amplio espectro de elementos causantes de malestar, como por ejemplo la abundancia de cadenas nacionales o la patologización psiquiátrica de la figura presidencial, entre múltiples casos. Un imaginario surgido de la crisis del 2001 que ha llegado hasta los finales del kirchnerismo con una carga de frustración, especialmente en sectores que no lograron en más de 12 años sentirse representados, y que lo demuestran a su modo, por vías que no siempre son las institucionales del sistema político - partidario - gubernamental.

Así, para los sujetos que acceden al debate público gracias a las redes sociales debido a su falta de involucramiento en los mecanismos de participación directa, la lucha por el poder se les aparece como algo de lo que no quisieran formar parte, dado que en su sistema de creencias la participación política está rechazada, pero que por causas que los exceden, deben atender.

Podemos ver, en este marco, el fuerte componente afectivo presente en buena parte de las declaraciones políticas que emiten los usuarios de redes sociales. Declaraciones que exponen

contradicciones, pues se participa a pesar de un supuesto desinterés en la cuestión política. Así, el latiguillo “no me interesa la política” y su uso para manifestar una opinión, son puntos cuyo análisis puede presentar una comprensión más profunda acerca del lugar que ocupa dicho interés, negado, en la vida subjetiva de los participantes del debate.

¿Cuál es la finalidad de negar el interés en la política? ¿Por qué el sujeto no puede admitir el interés y opinar sin tener que negarlo? El aporte de Sigmund Freud en su trabajo sobre La Negación resulta ineludible a la hora de pensar estas cuestiones:

“(…) Un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje negar. La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido. Se ve cómo la función intelectual se separa aquí del proceso afectivo. Con ayuda de la negación es enderezada solo una de las consecuencias del proceso represivo, a saber, la de que su contenido de representación no llegue a la conciencia. De ahí resulta una suerte de aceptación de lo reprimido con persistencia de lo esencial de la represión.” (Freud, 2004c, p.254)

Comprendemos a partir de la teoría freudiana la funcionalidad del proceso de negación para poder manifestar algo que, a la vez, se reprime. “Por medio del símbolo de la negación, el pensar se libera de las restricciones de la represión y se enriquece con contenidos indispensables para su operación”, agrega, clarificando el rol que juega en el pensamiento del sujeto (Freud; 2004c, p.255).

A su vez, Freud también alude a un proceso afectivo que se escinde del intelectual: una carga de sentir que logra ser puesta en palabras por la vía de la negación; un displacer que alcanza la exteriorización por medio de manifestarse bajo su signo contrario. Podemos empezar a identificar, en primera instancia, la fórmula “no me interesa la política”, como una habilitación que se hace el sujeto a sí mismo; un permiso por el cual logra expresar algo que se está reprimiendo, pero que se logra decir aclarando su no aceptación.

En esta línea, resulta claramente identificable el componente afectivo en las declaraciones formuladas. “Odio la política, no sé nada de política, no me interesa la política, son todos chorros y nada ni nadie me va a cambiar el pensamiento”¹ podemos ver expresado por otro usuario, donde se distingue cómo la negación del interés en la política habilita el mensaje en clave afectiva, desde el odio y el rechazo más primario.

El concepto de negación nos permite comenzar a comprender las expresiones de desinterés en la política, o la necesidad expresa de identificarse como Anti K, por ejemplo, en tanto mecanismos de la subjetividad que logran expresar algo del sentir, del deseo, de lo más personal del sujeto, que a veces sobrepasa los argumentos racionales de un debate. Retomando el mote de Anti K podemos observar

¹ Link al tweet: <https://twitter.com/BJlorealliano/status/646522558800658433>

cómo la identificación conlleva una forma de expresarse (ya instituida en las redes sociales); una oposición no solo a un movimiento político, sino a una forma de experimentar la política, la militancia y el rol del sujeto ante la cosa pública, como también modos de manifestar lo que se opina, al fin y al cabo, de la política. Es por medio de tales aclaraciones que el sujeto se autohabilita a decir lo que siente, más allá de cualquier argumento que se puede esgrimir, pues no se está buscando aportar al debate una idea, sino satisfacer un deseo, por más que, al fin y al cabo, se trate de un acto político.

Para profundizar esta cuestión, Freud desarrolla en su trabajo el vínculo entre el proceso intelectual y el propio de la afectividad, por medio del estudio de la función del juicio, que “tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad. La propiedad sobre la cual se debe decidir pudo haber sido originariamente buena o mala, útil o dañina. Expresado en el lenguaje de las mociones pulsionales orales, las más antiguas: «Quiero comer o quiero escupir esto»” (Freud, 2004c, p.255). El juicio de atribución de una propiedad o no al que refiere Freud es de carácter primario, y el origen de todo juicio. Así, comprendemos que es previo al desarrollo de la capacidad de comprender el lenguaje, y a pesar de esto, no pierde su poder de organizar el mundo subjetivo a partir del orden de la afectividad.

Es importante remarcar que con el desarrollo de los procesos secundarios y el crecimiento del infante, la capacidad operativa de las capas primarias del sentido no desaparece, sino que continúa presente, y no exime al sujeto de organizar en determinadas circunstancias de la vida su sentido, a partir de sus prácticas, en clave afectiva. En esta línea, Freud vincula este rol central de la afectividad con el funcionamiento del yo-placer originario, el cual que busca “(...) introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo. Al comienzo son idénticos para él lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera” (Freud; 2004c, p.255).

Esta dinámica del yo explica en cierta forma cómo persiste en el juicio una lógica primaria de identificación del placer y el displacer, el amor y el odio, el interior y el exterior, y cómo dentro de este esquema del pensar se busca incorporar lo que se cree bueno, y expulsar de sí lo malo. “El estudio del juicio nos abre acaso, por primera vez, la intelección de la génesis de una función intelectual a partir del juego de las mociones pulsionales primarias. El juzgar es el ulterior desarrollo, acorde a fines, de la inclusión *{Einbeziehung}* dentro del yo o la expulsión de él, que originariamente se rigieron por el principio de placer”, sintetiza Freud (2004c, p.257).

El concepto de negación nos permite ver cómo esta tiene una funcionalidad en el sujeto, logrando la expresión de lo reprimido a pesar de no ser aceptado. Podemos pensar al latiguillo “no

me interesa la política” como la forma en que se logra poner en palabras un malestar que al mismo tiempo se reprime, vinculado a la relación entre el sujeto y la actividad política, pero que finalmente alcanza la verbalización bajo el signo negativo, que denota su reprobación. Es la expresión del desinterés una posible forma de exteriorizar el odio generado por una representación de carácter político, ordenada y operada en la práctica bajo el orden primario, donde se organiza desde la afectividad.

La negación logra de este modo la extroyección de representaciones cargadas de afectividad, que puede constatarse en las enunciaciones de quienes se manifiestan en las redes sociales descargando todo su malestar y disgusto. Vemos cómo muchas veces la negación viene acompañada con una expresión claramente afectiva, propia de los juicios primarios que intervienen el proceso que bien describe Freud. La explicitación del desinterés en la política opera, de este modo, como un habilitante a opinar con recursos que no son propios del debate político, desde un lugar más básico del sujeto, más subjetivo y primario, el de los afectos, como puede ser el odio.

Los recién llegados

La teoría psicoanalítica nos permite de esta manera la comprensión de fenómenos y prácticas sociales desde su costado subjetivo, pero resulta interesante su articulación con aportes de la sociología para la comprensión de la dimensión social de tales fenómenos. “Los recién llegados aportan al campo disposiciones constituidas con anterioridad en el seno de un grupo familiar socialmente situado”, afirma Pierre Bourdieu, en un concepto que nos acerca al entendimiento de cómo asimilan los ciudadanos la dinámica de la política. Así, los agentes se expresan de acuerdo a las disposiciones primarias que han incorporado, como sostienen tanto Bourdieu como Freud, en el seno familiar. Las mismas, a su vez, ajustan las expectativas según las condiciones objetivas bajo las cuales se formaron (Bourdieu, 1988, p. 217), y son compartidas, por cuestiones biológicas, por los sujetos integrantes de cualquier campo.

Los habitus son la herramienta que permite a los sujetos ingresar, ajustarse y desempeñarse en los distintos campos, como el político, sabiendo los límites que tienen para sus aspiraciones y deseos. Estos saberes le pertenecen al cuerpo, son las creencias que regulan la vida de los sujetos y de la sociedad en su conjunto, gracias al carácter pre reflexivo que destaca Bourdieu. El caso de los habitus primarios es de vital importancia para la observación del fenómeno que analizamos, puesto que su característica de estar estructurados desde el orden de la afectividad es claramente visible en las reacciones de los participantes del debate político. En otras palabras, al no tener desarrollados habitus específicos vinculados al campo político, los sujetos toman partido en la discusión por medio de sus

principios de comprensión más básicos, los formados en el círculo familiar, con la consiguiente importancia que tiene lo afectivo a la hora de comprender el sentido.

En esta línea, conviene retomar la idea de disposición en su vínculo con el habitus, en tanto sistema de disposiciones, para analizar cómo son las primarias las que ordenan el mundo, al ser las primeras que adquiere el niño, a partir del principio del placer, es decir, organizando el sentido del mundo y la relación con el otro entre lo placentero y displacentero, buscando incorporar lo primero y expulsar lo segundo, en términos de Freud. Es a partir de estas disposiciones iniciales que se estructuran los habitus primarios, mientras que de las específicas de cada campo surgirán los habitus específicos, lo que provoca que, cuando no se tienen disposiciones específicas, se recurra a las primarias, y por ende se ejecute en la práctica como un habitus primario.

El conocimiento y regulación de las expectativas que plantean los habitus tiene que ver con una transacción entre el agente y el campo, y más precisamente, entre sus disposiciones, primarias o específicas, con el campo (Bourdieu, 1998, p.218). Es el campo que ofrece potencialidades y limitaciones bajo las cuales el sujeto se desenvuelve y ejecuta los habitus de acuerdo a las disposiciones que ya lleva incorporadas, primero desde el ámbito familiar, y más tarde en los distintos campos de la vida cotidiana.

Bourdieu describe el proceso por medio del cual las mencionadas disposiciones delineadas en el espacio familiar comienzan a transformarse, sin perder sus orígenes primarios, en otras ya demarcadas por el juego social en el cual el agente está inmerso. Así lo incorporado en los primeros años de la vida, se convierte en el proceso de socialización de acuerdo a la experiencia y las prácticas realizadas en el día a día (Bourdieu, 1998, p. 218).

Además, la introducción de la idea de *reconocimiento* es fundamental para observar la transacción entre el campo y el agente: “La labor de socialización de las pulsaciones se basa en una transacción permanente en la que el niño acepta renuncias y sacrificios a cambio de manifestaciones de reconocimiento, consideración o admiración (« ¡Qué bien se porta!»), a veces explícitamente solicitadas (« ¡Papá, mírame!»)” (Bourdieu, 1998, p. 220).

Esta idea de reconocimiento constitutivo del sujeto está presente en Fenomenología del espíritu de Hegel, y fue trabajada por Alexandre Kojève en su curso de introducción a la dialéctica del amo y el esclavo, que significó un gran aporte al pensamiento social de la segunda mitad del siglo XX. Se distingue en el sujeto el sentimiento de sí, vinculado al deseo subjetivo de un objeto natural, dado, distinto del objeto social, ya reconocido y deseado por otros. Dicho sentimiento de sí solo puede transformarse en autoconciencia cuando, ante la presencia de un otro, el deseo propio se dirige al deseo del otro.

Así, solo puede trascender su naturaleza accediendo al deseo del otro, pues solo deseando su reconocimiento puede alcanzar dicha trascendencia. Es en ese momento en el que se busca objetivar el pensamiento subjetivo acerca de sí mismo, por medio del deseo del otro, que se vuelve objeto del deseo propio. Esta búsqueda de reconocimiento es definida por Hegel como una lucha a muerte, puesto que lo que está en juego es el prestigio, el valor que persigue la existencia del yo cuando se ve reconocida, y por ende, objetivada. Solo así, la autoconciencia puede alcanzar la trascendencia de su condición natural; es el reconocimiento del otro la única forma de confirmar la superación de su naturaleza.

La lucha a muerte por el reconocimiento conserva la paradoja de que, de morir el sujeto o el otro, no habría reconocimiento, de modo tal que el miedo a la muerte produce el sometimiento de una de las dos partes, que pasa a ser esclavo, reconociendo al amo. Es este el momento en que la lucha por el reconocimiento acapara también el peligro de no ser reconocido, con el consiguiente temor a la pérdida de la existencia subjetiva que conllevaría la desaparición de la instancia objetivadora de uno mismo por parte del otro.

Así entendidas, la existencia subjetiva y la conciencia de sí están indefectiblemente ligadas al reconocimiento del otro para poder constituirse. Pensando en la comunicación mediada por perfiles, en tanto representaciones limitadas de los sujetos, creemos que contribuyen a dimensionar el cambio que representa la mediación digital en el diálogo intersubjetivo. El otro se presenta cada vez más resumido, sintético, y cada vez más inaccesible en su profundidad subjetiva y su complejidad humana. La lucha por el reconocimiento se desarrolla de este modo en un escenario donde el odio, la descalificación y la quita de entidad del otro, al menos en el plano simbólico, puede darse sin limitaciones, y especialmente sin el miedo a la muerte que se plantea en la dialéctica del amo y el esclavo. A la vez, el desconocimiento del otro constituye una forma de negar sus ataques y de alguna forma restituir la existencia propia ante el peligro de la pérdida de la instancia de objetivación.

El odio como síntoma de defensa de la subjetividad

Los trabajos de Cornelius Castoriadis acerca de los orígenes psíquicos y sociales del odio resultan en esta línea fundamentales para comprender el fenómeno de violencia. Analiza las tensiones internas de la psique y piensa al individuo social, consecuencia de la socialización, como un extranjero dentro del propio yo, lo que nos refiere indudablemente a la línea freudiana bajo la cual la Cultura opera como instancia represiva del sujeto. Desde ese lugar se convierte en “soporte de una transferencia del amor de sí mismo y del objeto de odio de las instancias psíquicas no reales, odio que

alcanza, como lo dije anteriormente, a todo lo que es exterior al núcleo psíquico. El Yo real no puede evitar ser el objeto de la ambivalencia de los afectos” (Castoriadis, 2002, p.186).

De este modo, el filósofo identifica dos “vectores del odio”: en primer lugar, un “odio del otro real”, que “no es más que el revés de la investidura positiva de sí mismo”, es decir, una consecuencia de la reafirmación del amor propio ante un otro distinto; y en segundo lugar, el “odio a sí mismo”, dado que “el Yo es uno de los primeros extranjeros que se le presenta a la psique”. Esta visión planteada deja en claro cómo coexisten en el sujeto el odio hacia el propio yo, atacado por el super-yo como instancia social dentro de la consciencia, en el lenguaje freudiano, y el odio hacia el otro que se opone al reconocimiento que uno hace de sí mismo, vinculable a la extroyección de la agresividad que mencionamos anteriormente.

Pero Castoriadis hace foco también en la mónada psíquica, el núcleo psíquico original sobre el cual se produce “la clausura representacional, afectiva y deseante sobre sí mismo” (Castoriadis, 2002, p.184). El aporte que hace el autor con la noción de *clausura de sentido* resulta fundamental, porque nos introduce en la dimensión representacional de la cultura sobre el sujeto y a la ilusión de plenitud en la que puede vivir en el orden significativo (Castoriadis, 2002, p.184).

La búsqueda de la clausura de sentido en la mónada psíquica, constituye un intento de volver a la omnipotencia del niño en el primer estadio de su vida en el que nada parece faltar, donde no distingue el afuera ni el objeto de placer, el pecho materno a partir del cual irá abriéndose hacia el mundo e introduciéndose en el orden del sentido. Es este vacío lo que el sujeto buscará llenar con mediaciones representacionales, proporcionadas por la socialización y el ingreso a la Cultura, y que al fin y al cabo nunca conseguirá, como afirma Castoriadis.

La cuestión del orden simbólico y los procesos de identificación que de alguna manera logran llenar el agujero de la mónada psíquica, nos permiten pensar el clima desde agresividad ya por fuera del orden psíquico, sino en su interacción más plena con la sociedad. Ya desde la incorporación del lenguaje, el sujeto es introducido al mundo de significaciones instituidas que moldean desde pequeño las formas de pensamiento.

Castoriadis explica que en cada sociedad existen representaciones instituidas como dadoras de sentido para millones de ciudadanos. Raza, religión, patria, entre otras grandes instituciones, aportan al sujeto elementos para la clausura de la que hablábamos, en procesos de identificación que pueden vislumbrarse en nuestra sociedad actual. Estas grandes fuentes de sentido proporcionan al sujeto formas de reconocerse a sí mismo, a definirse y poder afirmar quién se es. Por eso es central poder dimensionar la importancia de las identificaciones en la vida subjetiva de las personas: “toda amenaza a las principales colectividades instituidas a las que pertenecen los individuos es vivida por

ellos como una amenaza mucho más seria que la probable en contra de su propia vida” (Castoriadis, 2002, p.192).

Las respuestas en clave afectiva pueden ser pensables, como vimos, en tanto reacciones que responden a órdenes de sentido primarios, los más antiguos de la psique, constituidos en la primera etapa de la vida. En este sentido, el odio como reacción afectiva, como síntoma, está vinculado justamente a lo primario, al estadio en que el infante comienza a desarrollar sus primeros esquemas de comprensión del mundo, identificando la satisfacción al pecho materno, o malestar ante su carencia, en la dicotomía entre placer y displacer, amor u odio. Un estadio que, como vimos anteriormente, no desaparece con el desarrollo de la persona, sino que coexiste como una capa más del sentido (de carácter primaria); una estructura que sigue presente y que puede manifestar, en momentos de la vida adulta, formas de organización del sentido en clave afectiva, como sucede en los primeros años de vida.

Es esa fuente de sentido la que se ve afectada en el debate político que observamos en la coyuntura Anti K, y desde la lógica primaria es que podemos comprender la violencia de las reacciones. El sujeto, expuesto en la búsqueda de reconocimiento a través de un perfil que lo representa, se ve cuestionado en lo que cree ser, en algún punto de su matriz de sentido expuesta en su perfil, su posición política o alguna de las expresiones que haya volcado en el medio digital. Desde esta amenaza a su existencia subjetiva es que la única forma que tiene de defenderse es por la lógica primaria, la anulación o destrucción (en este caso, en el plano simbólico) del otro. Así es como logra salvaguardar la imagen de sí, ese ideal del yo que ha volcado en la red, ante los cuestionamientos recibidos. La agresión, la descalificación o deslegitimación de la opinión del otro, en el debate político, es la única forma de sostener los basamentos de la construcción subjetiva cuando el otro intenta negarla.

La dimensión social del odio que plantea Castoriadis resulta más enriquecedora vista desde la perspectiva de las prácticas cotidianas y la sociología de Pierre Bourdieu. Específicamente, la comparación que establece Bourdieu entre la formación de compromiso (el síntoma al fin) y el habitus, como práctica estructurada dentro de un esquema de relaciones de poder al interior de un campo, es fundamental para dimensionar la cotidianidad de ciertos comportamientos que a priori se juzgan racionales y conscientes, y que pueden llegar a responder a procesos de la psique que sobrepasan al propio yo.

“También podría decirse, a este respecto, indiferentemente, que los agentes sacan partido de las posibilidades que ofrece un campo para expresar o saciar sus pulsiones, sus deseos o, incluso, sus neurosis, o que los campos utilizan los impulsos de los agentes para obligarlos a someterse o

sublimarse a fin de plegarse a sus estructuras, así como a los fines que les son inmanentes. De hecho, ambos efectos se observan en cada caso, en proporciones desiguales, sin duda, según los campos y los agentes; desde esta perspectiva, podría describirse cada forma singular de habitus específico (de artista, escritor o científico, por ejemplo) como una «formación de compromiso» (en el sentido de Freud)”. (Bourdieu, 1998, p. 218)

De este modo comprendemos cómo las condiciones de la realidad que chocan con el deseo para la formación del síntoma, son entendibles como reglas al interior de un campo, a las cuales el sujeto en la socialización se adapta y aprovecha para satisfacer sus necesidades pulsionales. Así, dentro de tales relaciones de poder, se estructuran los habitus, prácticas instituidas que tienden a reproducirse, independientemente de si pueden ser consideradas sintomáticas o no.

Así, la forma específica de habitus de participación del debate político, pensado desde un agente sin experiencia en el campo, condición por la cual se desenvuelve bajo esquemas primarios, implica un nuevo equilibrio entre la satisfacción pulsional y las posibilidades que el propio campo político plantea. El odio, en este sentido, es pensable ya como componente de una práctica instituida, al nivel de habitus, también considerable como una formación de compromiso en sentido freudiano: el acuerdo alcanzado entre el deseo y las condiciones objetivas que el entorno plantea. En otras palabras, el aporte de Bourdieu permite combinar la idea de síntoma con una dimensión social en la cual tal formación responde a condiciones generales de poder propias del campo en el que se desarrolla, que producen un tipo de respuesta, una forma en la que los agentes logran satisfacer su deseo, difícil de sustituir por tratarse de un equilibrio.

Es importante destacar que para Freud, la enfermedad es un concepto práctico, pero observada desde el punto de vista teórico, se puede considerar “que todos estamos enfermos, o sea, que todos somos neuróticos, puesto que las condiciones para la formación de síntomas pueden pesquisarse también en las personas normales” (2004b, p. 326). El síntoma nace de condiciones específicas que cualquier sujeto tiene según su historia personal, y que no siempre tienden a manifestarse en tanto síntoma, de manera problemática para la persona.

En este sentido, Freud distingue dos elementos necesarios para la formación del síntoma. En primer lugar menciona a la fijación, entendida como una demora de una aspiración parcial de contenido sexual en una etapa anterior del desarrollo del sujeto, la cual conserva una fuerte carga libidinal que la erige dentro del sujeto como forma de satisfacción a la cual puede volver en momentos que la realidad pone un límite al deseo. Es en tales instancias que la psique busca canalizar de cualquier forma que tenga a su alcance la energía libidinal.

El segundo elemento que señala Freud es el proceso que se complementa con la fijación para lograr la formación del síntoma: la regresión. La energía libidinal tiene la capacidad de retornar a las

antiguas formas de satisfacción, pero en su movimiento arrastra al yo a organizaciones ya superadas u objetos antes resignados.

El especial interés que tiene el fenómeno de la regresión para la problemática de violencia que analizamos consiste en su capacidad para hacer caer las barreras represivas de la conciencia y arrastrar el “edificio” de la psique hacia formas que habían quedado en su olvido, inconscientes, pero que permanecen en estado latente, en tanto fijaciones a las cuales la libido puede retornar para alcanzar la satisfacción, según el mencionado principio del placer, bajo el cual el sujeto tiende siempre a evitar el malestar, el displacer (Freud, 2004b, p. 326). Dicho principio se enfrenta al de realidad, propio de la parte consciente, de acuerdo a la apreciación de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Es en el momento en el que el sujeto, pese a su voluntad de mantener las formas propias de su educación yoica, se ve superado y vuelto a un comportamiento que creía superado, cuando el síntoma emerge con toda su fuerza. Tales fijaciones que Freud vincula a la vida infantil, implican el retroceso del yo a prácticas reprimidas, propias de otra lógica de la vida subjetiva: se trata de los comportamientos primarios a los que aludimos anteriormente, los mismos que distinguen entre placer y displacer, amor y odio, o incorporación y expulsión, y que tienen, en definitiva, a la afectividad como forma de organización del sentido.

Desde estos conceptos es que podemos pensar a la agresión en el debate político vía redes sociales, al intento de descalificación, de anulación del rival político, como la forma que encuentra el sujeto de satisfacerse ante la impotencia de no lograr validar su postura en el marco de la discusión. Es la realidad del otro la que impide al sujeto imponer sus opiniones como las legítimas, y es dicha confrontación la que puede llevar a la caída de las barreras represivas de la conciencia y el rebrotamiento de las formas de construir sentido más básicas del sujeto, las del orden primario. Por medio del insulto o cualquier otro tipo de agresión, el sujeto logra canalizar el displacer bajo la anulación, en el plano simbólico, del otro.

En este sentido, desde el psicoanálisis se plantea la posibilidad del yo de poder reprimir las representaciones causantes del malestar, a costas de mantener el afecto en el plano consciente y que este se adhiera a otras representaciones, que de ahí en adelante pasarán a ser sintomáticas. Así, el afecto liberado “se adhiere a otras representaciones, en sí no inconciliables, que en virtud de este «enlace falso» devienen representaciones obsesivas” (Freud, 2004a, p. 53). Se produce así la expresión de un elemento que está reemplazando lo inconciliable (el cual permanece en el sistema inconsciente), pero que mantiene el afecto correspondiente a lo reprimido. Así, el concepto de enlace

falso nos introduce en una nueva perspectiva, desde la afectividad, para poder comprender en profundidad subjetiva los distintos discursos que se enuncian.

“La contradicción que se había levantado contra ella (la libido) en el interior del yo la persigue *{nachgeben}* como «contrainvestidura» y la fuerza a escoger una expresión que pueda convertirse al mismo tiempo en la suya propia. Así, el síntoma se engendra como un retoño del cumplimiento del deseo libidinoso inconsciente, desfigurado de manera múltiple; es una ambigüedad escogida ingeniosamente, provista de dos significados que se contradicen por completo entre sí” (2004b, p. 328), señala Freud, y entendemos de esta manera a la contrainvestidura como un síntoma concreto de los procesos represivos del sujeto ante el choque con un elemento contrario a lo que puede llegar a concebir como aceptable. Como tal, tiene la cualidad de estar sostenido por dos fuerzas, expresando el objetivo de la moción pulsional de canalizar el displacer (según el principio del placer), como asimismo cumplir con los requerimientos defensivos del sistema consciente (Freud; 2004e).

Como sostiene Freud, el sujeto siente la necesidad de reaccionar ante el displacer para movilizar el afecto, y de alguna manera descargar el malestar que genera. Además sostiene que de reaccionar de la forma apropiada, el afecto puede ser en buena parte canalizado (Freud, 2004g, p. 34). En los casos que venimos analizando, y en el discurso opositor al kirchnerismo de manera generalizada, existen determinados “latiguillos”, fórmulas o frases que son corrientemente utilizadas en tanto críticas, pero sin intenciones de desarrollar un debate a modo de intercambio. Llama la atención en este sentido su recurrencia, no porque el kirchnerismo haya reaccionado a dichas críticas, sino por su constante virulencia a la hora de ser enunciadas por parte de sectores “anti-K” de la sociedad argentina, en ámbitos como las redes sociales, así como también en marchas de “autoconvocados”, por su repudio a la filiación partidaria.

Además, Freud advierte que la reacción sofocada produce que el afecto permanezca conectado con el recuerdo (Freud; 2004g). En este sentido, considera no solo la inervación motriz en tanto respuesta, sino también la palabra como vía de descarga.

“La reacción del dañado frente al trauma sólo tiene en verdad un efecto plenamente «catártico» si es una reacción adecuada, como la venganza. Pero el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción; con su auxilio el afecto puede ser «abreaccionado» casi de igual modo. En otros casos, el decir mismo es el reflejo adecuado, como queja y como declaración en el caso de un secreto que atormenta (¡la confesión!). Cuando no se produce esa reacción de obra, de palabra, o mediante el llanto en los casos más leves, el recuerdo del hecho conserva en principio su tinte afectivo”.* (Freud, 2004g, p. 34)

El concepto de abreacción, comparable al de “catarsis” en el sentido de descarga afectiva de una emoción, nos permite empezar a considerar las reacciones ante lo inconcebible como mecanismos necesarios de la subjetividad para canalizar la sensación de displacer. Es fundamental comprender el rol que Freud asigna al lenguaje como vía abreactiva, porque dimensiona la importancia del plano representacional como espacio de satisfacción en cierto punto independiente de la realidad exterior. Asimismo, la idea del llanto como vía abreactiva, pensable como una regresión hacia formas de satisfacción propias de la niñez y de estructuras primarias latentes durante toda la vida subjetiva, nos ayuda a comprender la potencia de los mecanismos psíquicos para vencer las barreras de la represión consciente y lograr la descarga del afecto.

El lenguaje, de esta manera, constituye una vía fundamental de descarga afectiva ante la impotencia que genera no poder cambiar aquellas cuestiones del ámbito político que irritan y molestan. El insulto, como forma de anular o descalificar al otro en tanto opinador, se instituye de esta manera a modo de método de abreacción preferido, sobre todo en las redes sociales donde todo se da en el plano simbólico.

La tensión entre la realidad que se le impone al sujeto y los mecanismos que este tiene para tramitar su displacer tiene entre sus consecuencias una en particular que se nos presenta de gran interés. Al no poder conseguir lo que se busca, como puede ser la efectiva anulación del rival político (que termina dándose solo en el plano simbólico del debate), la psique se reserva una forma de satisfacción ya independiente de la realidad, pero capaz de lograr provisoriamente el objetivo.

La actividad de la fantasía surge, de esta manera, como un sustituto ante una realidad inmodificable para el sujeto en lo inmediato. Así, cuanto más irremediable se presenta el acontecimiento causante del displacer, o la negativa de lograr lo que se busca, con más fuerza florece la instancia de la fantasía (Freud; 2004b).

“La libido no tiene más que volver a las fantasías para hallar expedito desde ellas el camino a cada fijación reprimida. Estas fantasías gozan de cierta tolerancia, y no se llega al conflicto entre ellas y el yo, por grandes que sean las oposiciones, mientras se observe una determinada condición. Es una condición de naturaleza cuantitativa, infringida ahora por el reflujo de la libido a las fantasías” (2004b, p. 340), señala Freud, y desde tal cuestión cuantitativa de carga libidinal podemos dimensionar hasta qué punto el yo resiste el impulso fantasioso de ignorar la realidad para saciarse por medio de la imaginación.

Desde las fantasías reprimidas, llevadas al sistema inconsciente, la libido vuelve a hasta sus propios lugares de fijación, logrando una satisfacción momentánea del individuo (Freud, 2004b), que logra por medio del plano imaginario representacional sostener su régimen de creencias, su existencia

subjetiva al fin, a costas de no modificar la realidad. El fenómeno de las representaciones fantasiosas resulta interesante para pensar ciertas expresiones que se reproducen en el debate político por las redes sociales, y que tienen la particularidad de ser difícilmente sostenibles, en tanto argumentos, desde lo racional.

Comprendemos de esta manera que existe una práctica ya instituida como forma de participar del debate político en las redes sociales que se basa en la reacción primaria ante acontecimientos displaceros que interfieren con las representaciones en base a las cuales el sujeto se reconoce a sí mismo. Tales acontecimientos, de índole político, generan un displacer que el sujeto, por el principio del placer que gobierna su psique en tensión con el de realidad, debe descargar. La abreacción, en tanto habitus primario, se legitima socialmente y se instituye como forma de respuesta ante una realidad que no se puede cambiar en lo inmediato, que no está al alcance del sujeto. El insulto o la fantasía se vuelven la vía de escape de ese displacer, que se concentra en determinadas representaciones que habitan en la conciencia del sujeto cargadas de afecto, de malestar. Su estado de sensibilidad las vuelve pasibles de hacer reaccionar al sujeto y vencer las barreras del yo, para llevarlo a una regresión y a reacciones propias de lo más primario que puede tener el ser humano. La ira, el desconsuelo o la violencia pueden surgir a partir del acceso a representaciones que permanecen cargadas de odio, ese odio que veíamos como un síntoma de defensa de la subjetividad.

Lo inconciliable

Castoriadis plantea en lo que refiere a las sociedades actuales una coyuntura de crisis de las significaciones imaginarias sociales, y especialmente del capitalismo como gran dador de sentido para la construcción subjetiva:

“Una parte esencial de esta significación era también la mitología del “progreso”, que daba un sentido tanto a la historia como a las aspiraciones referentes al futuro, otorgando también un sentido a la sociedad tal como existía; mitología que se suponía como el mejor soporte de ese “progreso”. Sabemos que esa mitología cayó en la ruina. ¿Pues cuál es hoy la traducción subjetiva, para los individuos, de esta significación y esta realidad que es la “expansión” aparentemente “ilimitada” del “dominio”?

Para unos pocos, es por supuesto una cierta “potencia”, real o ilusoria, y su crecimiento. Pero para la aplastante mayoría de la gente, no es ni puede ser más que el crecimiento continuo del consumo, incluido las supuestas distracciones, que se transformaron en un fin en sí. ¿En qué deviene entonces el modelo identificador general, que la institución presenta a la sociedad, propone e impone a los individuos como individuos sociales? Es el del individuo que gana lo más posible y disfruta lo más posible; es tan simple y banal como eso”. (Castoriadis, 1996, p.9)

Expresiones del estilo de “estoy cansado de mantener vagos”, o las más irracionales, como “se embarazan para cobrar la AUH”, nos habilitan a considerar la hipótesis de que detrás de lo expresado, detrás del síntoma de defensa, existe un deseo que no puede ser manifestado, pero que se encuentra puesto en cuestionamiento. Las consideraciones de Castoriadis acerca del valor actual del progreso, devenido en acumulación y consumo para el disfrute y el entretenimiento, en un contexto de caída de las grandes significaciones dadoras de sentido para los sujetos, son fundamentales para entender la incidencia de determinadas políticas de la gestión de Cristina Kirchner en la vida subjetiva de ciudadanos ubicables en los segmentos medios de la sociedad argentina.

Las mencionadas expresiones propias de un odio de clase pueden manifestar cómo los sujetos se ven atacados en las bases de su construcción subjetiva, en lo que creen su éxito, como puede darse por la variable del sentido del consumo como significación central en la dimensión simbólica del progreso personal, y el valor del trabajo necesario para poder alcanzar tal objetivo. Pero es importante destacar que no pasa solo por el nivel de consumo que uno pueda tener, sino por la diferencia respecto de lo que el otro, “los negros” o “los kukas”, pueden adquirir, pues se trata de identificarse y diferenciarse de ese otro imaginado como opuesto, no solo en lo político, sino en lo cultural.

La “cultura del trabajo”, tan mencionada por la clase media argentina y por los referentes de Cambiemos en su discurso, es utilizada en el debate político para establecer una diferenciación entre quienes tienen a disposición los medios materiales e intelectuales (por acceso a la educación y formación profesional) para producir, y quienes por carencias en su trayectoria de vida no pudieron prepararse para competir en el mercado laboral. Desde tal imaginario meritocrático es que ciertos sectores son capaces de juzgar cualquier política redistributiva de fondos en tanto una forma de “mantener vagos”

Se cree así que el progreso económico en lo personal podría ser mayor, de no tener que pagar impuestos a un Estado nacional que los despilfarra “regalando” fondos a los sectores carenciados o en el sistema corrupto de los funcionarios. Además, el hecho de que ese otro pueda ingresar de pronto a determinados espacios antes vedados por cuestiones de poder adquisitivo, o el acceso a ciertos bienes que antes no podía comprar, como se ha logrado con los planes de cuotas o financiación, produce en el sujeto que estudiamos una crisis en cuanto a su identificación y su diferenciación con respecto al resto, que se traduce en la creencia de un sistema “injusto”, a modo de regulación del resentimiento.

Comprendemos, a partir de lo formulado por Castoriadis, que cuando el modelo identificatorio se centra en el progreso en base al consumo, cualquier ataque, o cualquier masificación que pueda

modificar la composición de ese “nosotros”, constituido por la clase media de nuestro país, está en condiciones de ser sentido como una amenaza a la existencia subjetiva, a lo que se cree ser, habilitando entonces la reacción primaria, el odio como síntoma de defensa. El progreso que el sujeto cree producto de su esfuerzo personal cotidiano, ignorando las políticas macro que generan una coyuntura favorable para dicha acumulación económica, es sentido como vulnerado en cuanto a reconocimiento, cuando el otro puede acceder a determinados consumos “sin trabajar”, como se imagina desde la clase media. Desde allí es que se puede esbozar cualquier crítica a la gestión de Cristina Fernández, desde la inflación hasta “la soberbia”, como ejemplos de las distintas representaciones que ponen en palabras el malestar producido por el cuestionamiento a los fundamentos identitarios de la subjetividad.

Indudablemente existen muchas críticas válidas al modelo político, económico y social del kirchnerismo, y cualquier sujeto en su calidad de humano tiene derecho a manifestar lo que siente, pero hay expresiones de rencor y violencia de clase que no responden a una intención constructiva, a un intercambio de ideas, a intentar convencer al otro de que existen alternativas mejores para el país. Lo que se busca con las expresiones analizadas es la descalificación, la diferenciación tajante e irreconciliable con el rival político, pero también cultural y social, ni más ni menos que la grieta.

Asimismo, tales afectos movilizados a partir de la coyuntura política son volcados por amplios sectores de la sociedad en las redes sociales, incorporadas a la cotidianidad de los sujetos, donde exponen y someten a la mirada del otro su subjetividad, en búsqueda del reconocimiento y a riesgo de ser cuestionados en sus fundamentos identitarios. Existe ya como práctica instituida el hecho de debatir y fijar posición en las redes sociales, de oponerse y rivalizar con un otro, a veces cercano, a veces anónimo. En dichas acciones se vienen desarrollando las posturas políticas de grandes sectores de la sociedad, que por primera vez participan activamente de un debate ampliado.

En dichas prácticas y en el contexto afectivo descrito se construyen hoy las subjetividades, y particularmente las posturas políticas de los ciudadanos; es por eso que podemos hablar de un nuevo tipo de subjetividad, con su propia forma de entender la lucha por el poder y participar en el debate.

Bibliografía

- Aulagnier, P., La violencia de la interpretación, Amorrortu editores, Bs. As., 2001
- Bourdieu, P., Bosquejo de una teoría de la Práctica. Droz. Genève, Paris, 1972.
- Bourdieu, P. Cosas dichas. Buenos Aires, Gedisa, 1988
- Bourdieu, P. Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, Barcelona, Anagrama, 1997
- Bourdieu, P., “Luchas políticas y violencia simbólica”, en Meditaciones pascalianas, Anagrama, Barcelona, 1998.
- Bourdieu, P., “La antropología imaginaria del subjetivismo”, en El sentido práctico, Siglo XXI, Bs. As., 2008.
- Bourdieu, P., “¿Es posible un acto desinteresado?” en Razones prácticas, Barcelona, Anagrama, 1997
- Bourdieu, P, Sayad, A., “Mezcolanza cultural”, en Argelia entra en la historia. Nova Terra, Barcelona 1965
- Castoriadis, C., “Autonomía y alienación”, en La institución imaginaria de la sociedad I, Tusquets, Bs. As., 2003
- Castoriadis, C. La crisis actual del proceso identificador. En: Zona erógena. Num. 31. 1996.
- Castoriadis, C. “Un mundo fragmentado”, Buenos Aires, Altamira, 1997
- Castoriadis, C., “Las raíces psíquicas y sociales del odio” En: Figuras de lo pensable. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Freud, S., “Las neuropsicosis de defensa”, O.C., Vol. III (1893-99), Amorrortu editores, Bs. As., 2004a.
- Freud, S., “23° conferencia. Los caminos de la formación de síntoma” O.C., Amorrortu, Bs. As., 2004b
- Freud, S., “La negación”, en O.C., Vol. XIX (1923-1925), Amorrortu editores, Bs. As., 2004c.
- Freud, S., Carta 52. Fragmentos de correspondencia con Fliess, en O.C., Vol. I, Amorrortu editores, Bs. As. 2004d.
- Freud, S., “Lo inconsciente”, O.C., Vol. XIV, Amorrortu, Bs. As., 2004e.
- Freud, S., “22° conferencia. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología”, O.C. XVI, Amorrortu, Bs. As., 2004f.
- Freud, S. y Breuer, J., “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar”, en Estudios sobre la histeria, O.C., Vol. II (1893-1895), Amorrortu editores, Bs. As., 2004g.
- Freud, S., 18ª conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente, O.C. XVI, Amorrortu, Bs. As., 2004h.

Freud, S., “Introducción del narcisismo”, O.C., Vol. XIV (1914-16), Amorrortu editores, Bs. As., 1992.

Goffman, E. La presentación de la persona en la vida cotidiana, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.